

bullicioso! ¡Qué cambio para Esteban, á su edad, revivir las sensaciones de su infancia, en aquella mañana de verano! Con estas meditaciones y el paquete debajo el brazo, Esteban paseaba su semblante atento á lo largo de la gran carretera. Los árboles formaban un arco encima de su cabeza, diciéndole, con su dulce murmurio, que dejaba en pos de él un corazón fiel y amante.

CAPÍTULO XXIII

PÓLVORA DE CAÑÓN

El Sr. James Harthouse, queriendo siempre ensayar lo que podría hacer á favor de su partido adoptivo, empezó por contar los votos que presumía adquirir. Gracias á las lecturas instructivas que tuvo la bondad de hacer, por indicación de sus amigos políticos; gracias también á su abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias igualmente á la franqueza que sabia manifestar, hasta en el seno de la improbidad, y éste es, como se sabe, el juego más fino, eficaz y admirado de los pecados mortales, entre la gente educada; no tardó en pasar por un hombre en quien se podían

cifrar grandes esperanzas. Mucha ventaja envolvía para él su indiferencia para con todo, pues esto le permitía unirse con gente práctica y positiva, como si fuera uno de los suyos, y tratar á los demás partidos como una cáfila de hipócritas viles.

— Si, querida señora Bounderby, hipócritas, en los cuales no tenemos fe y que no la tienen ellos en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de virtud, de caridad ó de filantropía... no le hace el nombre... es que sabemos que todo ello no significa nada y nosotros lo decimos, mientras que ellos, si bien lo saben como nosotros, se guardan bien de manifestarlo.

¿Por qué se había ofendido ó inquietado Luisa, al oír declarar semejantes principios? ¿Estaban éstos tan en desacuerdo con los de su padre ó con su educación primera, para que la atemorizasen? ¿Existía tanta diferencia entre ambas escuelas que, una y otra, la encadenasen á las realidades materiales y le prohibiesen tener fe en otra cosa? ¿Había desarrollado Tomás Gradgrind en su alma, cuando era cándida y pura, algo que costase á James Harthouse reformar?

Era ella tanto más digna de lástima, en aquella circunstancia, que alimentaba en su espíritu (este sentimiento existía en ella antes

de que su padre eminentemente práctico hubiese empezado á formar su inteligencia) una necesidad instintiva de creer en una humanidad menos mezquina y más noble que la que se le había mostrado siempre; era una lucha constante de duda y cólera en su corazón: sus dudas procedían de que, desde su juventud, ahogaron en su alma toda aspiración generosa; su enfado renacía, cuando pensaba en el mal que se la había hecho, si realmente era la voz de la verdad la que percibía en aquel confuso murmullo. En una naturaleza acostumbrada desde tanto tiempo á anonadarse, y era tan afligida y estaba tan dividida, que la filosofía de Harthouse acababa de obrar como un consuelo y una justificación. Si todo era vacío y sin ningún valor, ella no había perdido ni sacrificado nada. ¡Qué importa! dijo á su padre, cuando éste le propuso un marido. ¡Qué importa! decía aún. Con una confianza desdeñosa, se preguntó: «¿Qué importa todo?», y ella proseguía su camino.

¿Con qué fin? Sin embargo, avanzaba paso á paso, bajaba siempre hacia un abismo fatal, pero con progreso tan lento é imperceptible, que creía permanecer estacionada. Cuanto al Sr. Harthouse, no se preguntaba adónde iba ni se preocupaba siquiera de ello. No acari-

ciaba ningún proyecto ni plan definidos; el vicio no era en él bastante enérgico para que comprometiera su quietud despreocupada. De momento era una diversión y una distracción, cual requería en un guapo caballero como él, algo más de lo que convenía, tal vez, á su reputación de indiferente y bello. Poco después de su llegada escribió con tono rebosando languidez á su hermano, el honorable y divertido miembro del Parlamento, que los Bounderby eran «muy divertidos»; que Bounderby hembra, lejos de tener la cabeza de Medusa, que esperaba encontrar, era joven y bonita en grado sumo. Después de esto no habló más de tal familia y pasó en su casa todos los momentos de ocio. Iba á verles con frecuencia, durante el curso de sus exhibiciones y giras electorales en el distrito de Cokeville. El Sr. Bounderby le animaba á estas visitas. Nada se conformaba mejor con los gustos jactanciosos del Sr. Bounderby que poder decir á todo el mundo que, por su parte, se burlaba bien de la gente de buena familia, pero que si su esposa, la hija de Tom Gradgrind, gustaba de tal sociedad, que buen provecho la hiciera.

El Sr. James Harthouse empezó á pensar que experimentaría una sensación nueva, si lograba que se operara, en provecho suyo y en el rostro de la mujer hermosa, el cambio

agradable que advirtiera un día á favor del mequetrefe.

Era buen observador y, como tenia excelente memoria, no olvidaba detalle alguno de las revelaciones del hermano. Enlazaba éstos con lo que descubriera en la hermana, y pronto empezó á comprenderla. Verdad es que lo mejor y más íntimo del carácter de la joven esposa no estaba al alcance de la inteligencia del Sr. Harthouse, pues sucede con el alma humana lo que con el océano, que tiene abismos que no todos pueden sondear; pero no tardó él en leer asaz corrientemente por la superficie.

El Sr. Bounderby había tomado posesión de una casa y parque situados á unas quince millas de la ciudad, y á una milla ó dos de un ferrocarril que circulaba á través de un país salvaje, sobre numerosos viaductos, minado aquél por pozos de carboneras abandonadas y salpicado de noche por los fuegos y la forma de las locomotoras estacionarias, á la entrada de los pozos en explotación. El paisaje se hacia menos áspero, según se aproximaba uno al retiro del Sr. Bounderby, donde se atenuaba y se transformaba en sitio rústico, dorado por el brezo y blanqueado por el oxiacante, á cada primavera, y en verano se sombreaba por el follaje de los árboles, que el soplo del viento hacia estremecer. El banco

Bounderby había hecho embargar aquella propiedad, por virtud de una hipoteca, bajo la que había sucumbido uno de los potentados de Cokeville, demasiado impaciente por hacerse rico, y que sólo se había engañado en sus cálculos por dos millones y medio. A veces ocurrían esos percances á las familias más respetables de Cokeville, pero se sabe ya que la quiebra no tiene relación alguna con las clases imprevisoras que señalan los economistas.

El Sr. Bounderby se instaló con satisfacción extrema en aquella buena y pequeña propiedad y, por humildad vanidosa, se puso á plantar coles en el jardín. Gozábase en vivir como en un cuartel, rodeado de aquellos muebles elegantes, llegando á hacer objeto de sus baladronadas de costumbre á los mismos cuadros.

— Sabe V., caballero, — decía — me aseguran que Nickits (era éste el propietario despojado) pagó 700 libras (17.500 francos) por esta marina. Pues bien, si he de hablarle con franqueza, que el diablo se me lleve si en mi vida le echo la mirada más de siete veces; resultará, pues, á cien libras la ojeada: ¡No, por San Jorge! No olvido que soy Josué Bounderby de Cokeville. Durante muchísimos años he dejado de poseer pinturas (pues hubiera sido preciso que las hubiera robado) salvo la del

retrato de un hombre que se afeitaba, sirviéndole de espejo un zapato. Era una imagen impresa en las cajas de betún, que utilizaba yo para enlustrar las botas, cuando se me confiaba alguna de éstas. No bien los cajas estaban vacías, las volvía á vender por un sueldo, y contento estaba yo con embolsar el dinero.

Después se dirigía al Sr. Harthouse y proseguía en el mismo tono :

— Harthouse, tiene V. aquí un tronco de caballos. Haga venir media docena más, si quiere, que ya hallaremos sitio donde alojarlos. Hay cuadras para doce caballos y, si no calumnian á Nickits, aquellas estaban todas ocupadas : una docena de caballos, señor, en cifras redondas. Cuando niño, ese hombre se educó en Westminster. Fué allí, al colegio de Westminster, con una bolsa real, mientras que mi alimento exclusivo se componía entonces de mondaduras, y no tenía otra cama para dormir que el cesto de las verduleras del mercado. Aunque se me ocurriera guardar una docena de caballos (que no se me antoja ello, pues tengo bastante con un caballo) no podría verlos con tranquilidad tan bien instalados y sin pensar en los lugares donde antaño yo me acostaba. No podría verlos, caballero, sin ordenar que los sacaran de allí al punto. Y, no obstante, ¡ cómo

cambia todo ! Vé V., esta propiedad, la conoce y sabe que no hay otra parecida en Inglaterra, ni en el extranjero, y desafío á cualquiera á que encuentre otra similar ; y ¿ á quien vé V. aposentado en ella, como un gusano dentro de una nuez ? A mi, caballero, á Josué Bounderby, mientras que Nickits (según me dijeron ayer en el despacho) que recitaba versos latinos en las piezas representadas en Westminster, y á quien aplaudían los magistrados y la nobleza de este país hasta rabiarse, lloriquea ahora, si señor, lloriquea ahora en un quinto piso de una calle oscura de Amberes.

A la sombra del follaje de este retiro, durante las jornadas calurosas y largas del verano, el Sr. Harthouse empezó sus observaciones en el semblante que tanto le asombrara, cuando lo vió por primera vez ; y se dispuso á ensayar de modo que esta operación produjera un cambio á favor suyo.

— Señora Bounderby, juzgo feliz la ocasión de hallarla sola. Hace mucho tiempo que deseaba tener una entrevista con V.

No era azar maravilloso encontrarla precisamente en la hora que se hallaba sola siempre en aquel lugar, objeto favorito de sus paseos. Había allí un claro, em medio del bosque sombrío, donde yacían algunos árboles derribados,

encima de los cuales tenia costumbre de sentarse, para mirar las hojas caidas bajo el soplo del otoño último, como miraba antaño las cenizas rojas que caian en el hogar de la casa paterna.

Sentóse á su lado y le dirigió una mirada.

— Su hermano de V... mi joven amigo Tom...

El rostro de Luisa se animó, y volvióse hacia él con expresión de interés.

— No he visto nada, en mi vida — pensó él — más notable y encantador que el rayo que acaba de iluminar repentinamente esas hermosas facciones.

La fisonomía del Sr. Harthouse hizo traición á su pensamiento, traición calculada tal vez, porque obedecía probablemente á instrucciones secretas de su autor.

— Le pido mil perdones. La expresión del interés fraterno de V. es tan encantadora... Tom debiera estar tan orgulloso de ello... Sé que esto no tiene excusa, pero no puedo impedir que mi admiración se transparente.

— Es usted tan espontáneo — dijo ella, con calma.

— No, señora Bounderby, no me diga eso; ya sabe que no disimulo con usted. Ya sabe que me considero como una mala muestra de la naturaleza humana, dispuesto á venderme cuando

se me ofrezca una suma razonable, y que soy absolutamente incapaz de seguir los procedimientos usados entre los pastores de Arcadia.

— Aguardo — replicó ella — la comunicación que iba V. á hacerme respecto á mi hermano.

— Usted se muestra severa conmigo, y lo merezco. Me considero el mayor holgazán del mundo; pero no soy mentiroso... usted convenirá en ello. La verdad es que me ha causado un instante de sorpresa, distrayéndome de la cuestión. Vuelvo á su hermano. Me intereso por él.

— ¿Se interesa V., al fin, por algo, señor Harthouse? — preguntó ella, medio incrédula y medio agradecida.

— Si me hubiera V. preguntado esto la primera vez que vine aquí, le hubiera dicho que no. Hoy, aun á riesgo de despertar en usted una incredulidad explicable, diré que sí.

Hizo ella un ligero movimiento, como si hubiese querido hablar, mas no halló palabra alguna. Después, pudo responderle.

— Señor Harthouse, quiero creer que V. se interesa por mi hermano.

— ¡Gracias! Me hace V. justicia, y puedo lisonjearme de que merezco, por ello, el agradecimiento que me quiere V. manifestar... Ha hecho V. tanto por Tom... Toda su exis-

tencia, señora Bounderby, revela una abnegación admirable para con su hermano,... perdóneme de nuevo... si me aparto del asunto. En fin, lo cierto es que me intereso por Tom... por él mismo.

Había hecho ella un gesto casi imperceptible, como para levantarse al punto é irse antes de que hubiera terminado la frase. Por lo cual él dió otro giro á sus explicaciones, y ella no se movió.

— Señora Bounderby, — repuso en tono ligero que, sin embargo, parecía costarle esfuerzo, siendo aun más expresivo que el acento grave que acababa de abandonar. — ¿No es un crimen imperdonable que un joven de la edad de su hermano sea aturdido, ligero, dispendioso y, en fin, algo disipado, como se dice?

— Sí.

— Permita V. que le hable con franqueza. ¿Supone que juega?

— Creo que hace apuestas.

Esperando el Sr. Harthouse un instante más, como para dejarle concluir la respuesta, ella añadió:

— Estoy segura de ello.

— Y ¿pierde, naturalmente?

— Sí.

— Cuando se apuesta, puede uno tener la se-

guridad de perder. ¿Puedo insinuar que le ha facilitado V. á veces dinero, para cubrir sus apuestas?

Luisa permanecía sentada, con los ojos bajos; pero, al oír esta pregunta, miró al Sr. Harthouse, como para darse cuenta de ella y mostrar que la había ofendido.

— Crea que no se trata ahora de una curiosidad impertinente, querida señora. Temo que Tom corra peligro de crearse poco á poco dificultades, y desde el fondo de mi triste experiencia deseo tenderle una mano de socorro. ¿He de repetir que lo hago sólo por él? ¿Es necesario?

Pareció como si quisiera ella contestar, pero guardó silencio por esta vez.

— Para confesarle con franqueza lo que me ha venido al pensamiento, — prosiguió James Harthouse, recobrando su tono ligero, siempre con embarazo simulado — le diré confidencialmente que no sé si tiene él que deplorar su educación. Dudo, y perdone V. mi sinceridad, dudo que nunca haya existido confianza entera entre él y su papá.

— No me parece probable — dijo Luisa, ruborizándose con el recuerdo que despertaba en ella misma tal observación.

— O entre él y... (estoy seguro de que